

EN EL MAR



## EN EL MAR

---

*A Enrique Cέρα.*

Hace poco se leía en los periódicos estas líneas:

BOULOGNE-SUR-MER, 22 enero.—Nos escriben:

«Una espantosa catástrofe acaba de sembrar la consternación entre nuestra población marítima que tanto ha padecido durante estos dos últimos años. La barca pescadora mandada por el patrón Javel, al entrar en el puerto ha sido lanzada al Oeste y se ha estrellado en las rocas del rompeolas de la escollera.

»A pesar de los esfuerzos de la barca de salvamento y de los cables lanzados por el cañón portaamarras, han perecido cuatro hombres y el grumete.



»Continúa el mal tiempo. Se temen nuevos siniestros.»

¿Quién es este patrón Javel? ¿Es el hermano del Manco?

Si el pobre hombre, tragado por las olas y muerto quizá bajo los restos de su barca destrozada, es el que me figuro, asistió hace dieciocho años á otro drama, terrible y sencillo, como son siempre esos dramas formidables del mar.

Javel el mayor era entonces patrón de un *chalutier*.

Esta clase de barcas de pesca son las mejores. Sólidos á toda prueba, con la quilla redonda, empujado sin cesar por las olas como un tapón, siempre flotante, azotado de continuo por los vientos duros y salados de la Mancha, aguanta el mar, infatigable con la vela hinchada arrastrando una gran red que barre el fondo del Océano y arranca y coge los peces dormidos en las rocas, los que están pegados á la arena, los pesados cangrejos de ganchudas patas, las langostas de puntiagudos bigotes.

Cuando la brisa es fresca y las olas menudas, empieza á pescar la barca. Su red está fijada á lo largo de un gran palo reforzado con aros de hierro

que hace bajar por medio de dos cables que se deslizan sobre rodillos que hay en los dos extremos de la embarcación. Y esta, derivando á impulsos del viento y de la corriente, arrastra consigo este aparejo que devasta el fondo del mar.

Javel tenía á bordo su hermano menor, cuatro hombres y el grumete. Había salido de Boulogne con buen tiempo para echar la red.

Pero pronto se levantó un viento recio y la borrasca obligó á la barca á buscar su salvación en la fuga. Ganó las costas de Inglaterra, pero el mar, enfurecido, batía los acantilados, se lanzaba contra la tierra, y hacía imposible la entrada en los puertos. La barca ganó otra vez la alta mar y volvió hacia las costas de Francia. La tempestad continuaba impidiendo la entrada en los puertos envolviendo en espuma, ruido y peligro las cercanías de las playas de refugio.

La barca volvió á ganar el mar corriendo por el lomo de las olas sacudida, zarandeada, chorreante, azotada por las masas de agua, pero fuerte á pesar de todo, acostumbrada á aquellos temporales, que á veces la mantenían cinco ó seis días errante entre los dos países vecinos, sin poder abordar en uno ni en otro.



Por fin calmó el huracán cuando estaba en alta mar, y aun cuando ésta estaba algo picada, el patrón mandó echar las redes.

Bajó, pues, el aparejo de pesca y dos hombres á proa y dos á popa, empezaron á soltar sobre los rodillos las amarras que sostenían.

De pronto, tocó al fondo, pero una gruesa ola, inclinando el barco, hizo que el hermano de Javel, que dirigía la operación, se tambaleara quedándole el brazo cogido entre la cuerda que durante un momento estuvo floja por la sacudida y la madera sobre la que se deslizaba. Hizo un esfuerzo desesperado tratando de levantar el cable con la otra mano pero el aparejo arrastraba ya y el cable tenso no cedió.

Vencido por el dolor, gritó Javel. Todos acudieron. Abandonó su hermano el gobernalle. Se lanzaron todos á la cuerda, tratando de libertar el miembro que destrozaba. En vano. «Hay que cortar», dijo un marinero, sacando un ancho cuchillo que en dos golpes podía salvar el brazo de Javel.

Pero cortar, significaba la pérdida del aparejo, que valía dinero, mucho dinero, 1.500 francos; y pertenecía á Javel el mayor que era bastante interesado.

Con el corazón angustiado gritó: «No, no cortes, voy á virar.» Corrió al timón y movió la barra.

La barca apenas obedeció paralizada por aquella red que inmovilizaba su impulso y arrastrada por la fuerza de la deriva y del viento.

Javel el menor estaba de rodillas con los dientes apretados y los ojos dilatados. No hablaba. Volvió su hermano temiendo que un cuchillo acabara con aquella agonía: «Espera, espera, no cortes; hay que echar el ancla.»

Se echó y luego se empezó á virar por medio del cabrestante para aflojar las amarras del aparejo. Se aflojaron por fin y se soltó el brazo inerte bajo la manga de lana ensangrentada.

Javel el menor parecía idiota. Le quitaron la blusa y se vió una cosa horrible, un picadillo de carne del que se escapaba la sangre á torrentes. El herido miró su brazo y murmuró: «¡Perdido!»

Luego, como la hemorragia formaba un charco en la cubierta, uno de los marineros gritó: «Se vaciará. Hay que atar la vena.»

Tomaron entonces un bramante grueso y alquitranado, y dándole vueltas por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. Los chorros de

*El testamento. — 13*



sangre cesaron poco á poco y acabaron por no correr.

Javel el menor se levantó. El brazo le caía inerte. Lo tomó con la otra mano, lo levantó, le dió vuelta, lo sacudió. Todo estaba roto; los huesos y los nervios; únicamente los músculos sostenían aquel trozo de su cuerpo. Lo miraba con tristeza y reflexionaba.

Se sentó sobre una vela doblada y los camaradas le aconsejaron que mojará constantemente la herida para evitar el mal negro.

Pusieron un cubo cerca de él y cada minuto sacaba un vaso de agua y bañaba la horrible llaga dejando caer sobre ella un hilo de agua clara.

—Estarías mejor abajo—le dijo su hermano.

Bajó, pero al cabo de una hora volvió á subir, porque no temía estar solo. Prefería además el aire libre. Volvió á sentarse sobre la vela y volvió á echar agua en la herida.

La pesca era buena. Anchos pescados de blanco vientre yacían á su lado estremecidos por los espasmos de la muerte, y él los miraba sin que dejara de remojar sus carnes magulladas.

Cuando iban á entrar en Boulogne se desencade-

nó una nueva racha de viento y la barca corrió de nuevo locamente, saltó y cabeceó zarandeando al pobre herido.

Llegó la noche. El tiempo fué malo hasta el amanecer. Al aparecer el sol se veían las costas inglesas, pero como el mar estaba más tranquilo se tomó la vuelta de Francia dando bordadas. Al amanecer, Javel el menor llamó á sus camaradas y les enseñó huellas negras y manchas rojizas de malísimo aspecto en toda la parte del brazo que ya podía decirse que no era suyo.

Los marineros miraban diciendo su parecer.

—Podría ser el mal negro—dijo uno.

—Habría que mojarlo con agua salada—declaró otro.

Trajeron, pues, agua del mar y la vertieron en la herida. El herido se puso lívido, rechinó los dientes, se retorció, pero no gritó.

Cuando se le calmó el dolor dijo á su hermano:

—Dame tu cuchillo.

Se lo dió.

—Aguántame el brazo en el aire bien recto y tira.

Hizo lo que el herido le pedía.

Entonces procedió á la amputación él mismo.

Cortaba con suavidad, con reflexión, cortando los



últimos tendones con aquella hoja afilada como una navaja de afeitar.

Pronto sólo quedó un muñón. Lanzó un profundo suspiro, y declaró:

—Era preciso, sino estaba perdido.

Parecía aliviado y suspiraba con fuerza. Volvió á echar agua sobre el trozo de brazo que le quedaba.

La noche fué mala también y no se pudo desembarcar.

Cuando apuntó el día, Javel el menor, cogió el brazo cortado y lo examinó con detención. La putrefacción empezaba. Los camaradas lo examinaron también, y se lo pasaban de mano en mano, le daban vueltas y lo olían. Su hermano dijo:

—Hay que tirarlo al mar.

Pero Javel el menor se enfadó:

—No, no quiero, me parece que es bien mío puesto que es mi brazo.

Lo cogió y se lo puso entre las piernas.

—Mira que se va á podrir.

Entonces se le ocurrió una idea al herido. Para conservar el pescado cuando se debía permanecer mucho tiempo en el mar, se ponía en barriles de sal.

—¿No podríamos ponerlo en salmuera?

Entonces vaciaron uno de los barriles que estaba lleno de la pesca de los días anteriores, y en el fondo depositaron el brazo, pusieron sal encima, y después volvieron á colocar uno por uno los pescados.

Uno de los marineros dijo esta broma:

—Mientras no vayamos á venderlo al pregón.

Todos se echaron á reir menos los Javel.

El viento soplabá aún. Hasta el día siguiente á las diez no pudieron poner la proa hacia Boulogne. El herido continuaba echando agua sobre el muñón. De cuando en cuando se levantaba y andaba de un extremo á otro de la barca. Su hermano, que estaba en el timón, le seguía con la vista meneando la cabeza. Por fin entraron en el puerto.

El médico examinó la herida y declaró que presentaba buen aspeto. Hizo una cura completa y ordenó el descanso. Pero Javel no quiso acostarse sin recoger su brazo, y volvió al puerto para ver el barril que lo guardaba y que había señalado con una cruz.

Lo vaciaron ante él y recogió su miembro bien conservado en la salmuera, arrugado y fresco. Lo envolvió en una servilleta que llevaba, y se fué á su casa.



Su mujer y sus hijos examinaron mucho rato aquel trozo de su padre, palpando los dedos y quitando los granitos de sal que quedaron entre las uñas y la carne. Luego se llamó al carpintero y se le encargó un ataúd pequeño.

Al día siguiente, la tripulación de la barca siguió el entierro del brazo. Los dos hermanos, uno al lado del otro, presidían el duelo. El sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo el brazo.

Javel el menor, dejó de navegar. Obtuvo un empleo en el puerto, y cuando más tarde hablaba del accidente, decía en voz baja á su interlocutor:

— Si mi hermano hubiese cortado el aparejo, de fijo que conservaría el brazo, pero miró por sus intereses.

#### UN NORMANDO



## UN NORMANDO

---

*A Pablo Alexis*

Acabábamos de salir de Ruán y corríamos al trote largo por la carretera de Jumièges. Volaba el ligero carruaje atravesando las praderas; pero para subir la cuesta de Canteleu pusimos el caballo al paso.

Se descubre desde allí uno de los panoramas más hermosos del mundo. A la espalda queda Ruán, la ciudad de los templos de góticos campanarios labrados como juguetes de marfil; en frente Saint-Sever, el arrabal fabril que yergue al cielo sus mil chimeneas humeantes frente á los mil campanarios de la antigua ciudad.

Aquí la flecha de la catedral que marca el límite



más alto que ha alcanzado una obra humana; allí la «Bomba de fuego» del «Rayo», su rival en altura, pues tiene un metro más que la más gigantesca pirámide de Egipto.

Ante nosotros se extendía ondulante el Sena, sembrado de islas, ceñido á la derecha por blancos acantilados que corona un bosque, y á la izquierda por praderas inmensas que otro bosque limita á lo lejos, muy á lo lejos. De trecho en trecho se advierten grandes buques anclados en el ancho río. Tres enormes vapores se dirigían uno tras otro al Havre, y un convoy de buques, compuesto de una fragata, dos goletas y un brick, remontaba la corriente hacia Ruán, remolcado por un vaporcito que arrojaba nubes de negro humo.

Mi compañero, hijo del país, no miraba siquiera panorama tan sorprendente; pero sonreía de continuo; parecía reír interiormente. De pronto no pudo contenerse: «¡Ah! va usted á ver algo que vale la pena; la capilla del tío Mateo. Se relamerá usted de gusto.»

Le miré con asombro, y entonces añadió:

—Verá usted una de las cosas más típicas de Normandía. El tío Mateo es el normando más castizo de la provincia, y su capilla es una de las maravi-

llas del mundo, tal como usted lo oye; pero conviene que le dé antes algunas explicaciones.

El tío Mateo, á quien llaman también el tío «Trago», es un ex-sargento que se ha retirado á su país natal. Reune en admirables proporciones, que forman un conjunto perfecto, la marrullería del soldado viejo á la gramática parda del normando. Al volver á su tierra se ha convertido, gracias á múltiples protecciones y á su habilidad increíble, en guardián de una capilla milagrosa, protegida por la Virgen, y frecuentada principalmente por las solteras que están en cinta. Ha bautizado su estatua milagrosa con el nombre de «Nuestra Señora Barrigona», y la trata con una familiaridad burlesca no exenta de respeto. Ha compuesto y hecho imprimir una oración especial para su *Buena Virgen*. Esta oración es una obra maestra de ironía involuntaria, de gracia normanda, en que andan mezclados la mofa y el miedo al *Santo*, el miedo supersticioso de la influencia secreta de algo indefinido. No tiene gran fe en su patrona; pero cree algo en ella y la respeta, por conveniencia.

He aquí el principio de esta asombrosa oración:  
«Noble y buena Virgen María, patrona natural



de las madres solteras de este país y de toda la tierra, protegéd á vuestra sierva que faltó en un instante de descuido.»

Esta súplica termina así:

«No me olvidéis cerca de Vuestro Santo Esposo é interceded cerca de Dios Padre para que me conceda un buen marido parecido al vuestro.»

Esta oración, prohibida por el clero de la comarca, la vende él á escondidas, y pasa por ser muy favorable á las que la recitan con fervor.

Habla de la Virgen como hablaba de su amo el criado de un príncipe muy temido, confidente de todos sus secretillos íntimos. Sabe acerca de ella una colección de anécdotas graciosas que cuenta en voz baja en las reuniones de amigos.

Ya lo verá usted.

Como las rentas que le proporcionaba la Patrona no le parecían suficientes, ha añadido á la Virgen principal un Lote de Santos.

Los tiene todos ó casi todos. Como no había bastante sitio en la capilla, los ha almacenado en la leñera, de donde los saca en cuanto un devoto los pide.

El mismo labró esas estatuitas de madera indeci-

blemente grotescas y las pintó de verde un año que pintaron su casa. Ya sabe usted que los santos curan las enfermedades, pero cada cual tiene su especialidad; no hay que equivocarse. Están celosos unos de otros como los están los comicastro. Las viejas comadres van á consultar á Mateo.

—¿Qué santo es el mejor para el dolor de oídos? Hay San Osimo que es bueno, y también San Pánfilo que no es malo.

Mateo tiene otras habilidades.

Como le sobra tiempo, bebe, pero bebe á fuer de artista y de aficionado, así es que todas las noches está achispado. Lo está, pero lo sabe; lo sabe tan bien, que se fija á diario en el grado exacto de su borrachera. Es esta su principal ocupación, y la capilla sólo ocupa el segundo lugar.

—Oiga y agárrese usted, ha inventado el ebrímetro.

El instrumento no existe, pero las observaciones de Mateo son tan precisas como las de un matemático.

De continuo oirá usted que dice:

—Desde el lunes he pasado del 45.

O bien:

—Estaba entre los 52 y 58.

O bien:



—Había llegado de 66 á 70.

Algunas veces exclamaba:

—¡Maldito perro, creía no haber pasado de los 50, y de repente veo que había llegado á los 75!

Nunca se engaña. Asegura no haber alcanzado jamás el metro, pero como confiesa que sus observaciones dejan de ser precisas cuando pasa del 90, no hay que fiar en su afirmación.

Cuando Mateo confiesa que ha pasado de los 90, tenga usted la seguridad de que está bien borracho.

En tales ocasiones, su mujer Amelia, que es otra maravilla, se encoleriza de un modo horrible. Le espera en la puerta, y cuando vuelve le grita:

—¿Ya estás aquí, perdido, marrano, borrachín?

Entonces Mateo, que no ríe, se planta delante de ella y dice con acento severo:

— Cállate, Amelia, no es este el momento de hablar. Espera á mañana.

Y si continúa vociferando, se acerca y le dice con acento ronco:

—No chilles; he llegado á los 90; se acabó la medida. ¡Si hablas, pego!

Entonces Amelia se retira prudentemente.

Y si al día siguiente quiere volver á hablar del mismo asunto, se ríe él descaradamente, y dice:

—¡Ea, ea, basta de charla; ya pasó. Mientras no llegue al metro no hay peligro; si paso del metro, te permito que me riñas; palabral!

Habíamos llegado á la cima de la colina. La carretera se hundía en el bosque admirable de Roumare.

El otoño, el otoño maravilloso mezclaba su oro y su púrpura á los últimos tonos verdes como si gotas de sol fundido hubieran caído del cielo á la espesura.

Atravesamos Duclair; luego, en vez de continuar hacia Jumieges, mi amigo volvió á la izquierda, y tomando un sendero seguimos por el monte bajo.

Muy pronto desde una alta colina descubrimos de nuevo el magnífico valle del Sena y el río tortuoso que corría á nuestros pies.

A la derecha, una casita techada de pizarra y con una torrecilla minúscula, se apoyaba en una linda casa de persianas verdes, casi cubierta de madre-selvas y rosales.

Una voz recia, gritó:

— ¡Amigos vienen!

El tío Mateo apareció en el umbral.

Era un hombre de unos sesenta años, flaco, con una barbilla y unos largos bigotes blancos.



Mi compañero le estrechó la mano, me presentó, y Mateo nos hizo entrar en una fresca cocina que le servía también de salón de recepción.

—Yo, señor,—dijo—no tengo sala aparte. No me gusta alejarme de los guisos. Las cacerolas son buena compañía para un hombre.

Luego, volviéndose hacia mi amigo, interrogó:

—¿Por qué viene usted en jueves? ¿No sabe que hoy es el día de consulta de mi patrona? Esta tarde no puedo salir.

Y corriendo á la puerta, lanzó un espantoso mugido.

—¡Ame-e-e-lial que debió asustar á los marineros de los navíos que bajaban ó subían el río en el fondo del profundo valle.

Amelia no contestó.

Entonces Mateo guiñó el ojo con socarronería.

—Está enfadada conmigo — dijo — porque ayer llegué á los 90.

Mi amigo se echó á reír.

—¿A los noventa, Mater, qué ocurrió, pues?

—Voy á decírselo—contestó Mater.—El año pasado recogí pocas manzanas de las llamadas de albaricoque. Pocas habla, pero son las que dan mejor sidra. Hice con ellas una barrica que ayer des-

tapé. Es un verdadero néctar; ya lo verán ustedes. Hipólito estaba conmigo, y echamos un trago y luego otro sin satisfacernos. De modo que, de trago en trago, llegué á sentir una especie de frío en el estómago. Entonces dije á Hipólito: «Podríamos beber una copita de coñac para calentarnos.» Consintió, pero el coñac nos calentó tanto, que hubo que volver á la sidra; y así, de frío en calor y de calor en frío, advertí que había llegado á los 90. Hipólito estaba ya tocando al metro.

Se abrió la puerta. Amelia apareció, y antes de saludarnos, dijo:

—Maldito marrano, los dos pasábais del metro. Entonces Mateo se enfadó.

—No digas eso, Amelia, no he llegado jamás al metro.

Nos hicieron un excelente almuerzo que comimos en la puerta, bajo dos tilos al lado de la capillita de «Nuestra Señora de la Gran Barriga» enfrente del inmenso panorama.

Mateo nos contó entre burlas y penas inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido mucha sidra magnífica, picante y azucarada, fresca y embriagadora, preferible á todos los líquidos, según mi compañero, y fumába-

*El testamento. — 14*

COMISION DE REPOSICION DE LIBROS  
BIBLIOTECA UNIV. DE PUEBLA  
MAY 19 1953  
MEXICO



mos una pipa á caballo en las sillas cuando llegaron dos buenas mujeres.

Eran viejas, amojamadas, corcobadas. Después de saludar pidieron San Blanco. Mateo nos guiñó el ojo y contestó:

—Voy á dárselo.

Desapareció en la leñera.

Al cabo de cinco minutos volvió con cara consternada.

Levantaba en alto los brazos muy apurado, y decía:

—No sé dónde está; no lo encuentro. Sin embargo estoy seguro que lo tenía.

Entonces haciendo bocina de las manos mugió de nuevo:

—¡Ame-e-e-e-lia!

Desde el fondo del patio contestó su mujer:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está San Blanco? No lo encuentro en la leñera.

Entonces Amelia gritó esta explicación:

—¿No es el que cogiste la otra semana para tapar el agujero de la jaula de los conejos?

Mateo se estremeció.

—¡Voto al diablo! ¡Bien pudiera ser!

Entonces dijo á las mujeres:

—Vengan ustedes.

Le siguieron. Nosotros también, reventando de risa.

Efectivamente, San Blanco, hundido en el suelo como una simple estaca, manchado de barro y porquería, servía de pie derecho á la jaula de los conejos.

Apenas lo vieron las mujeres cuando cayendo de rodillas se santiguaron murmurando *oremus*. Pero Mateo se precipitó hacia ellas, y dijo:

—Esperen, no se ensucien; voy á echar ahí una brazada de paja.

Fué á buscar la paja que les sirvió de reclinatorio. Luego, mirando el santo embadurnado de barro y temiendo sin duda el descrédito para su comercio, añadió:

—Voy á lavarle un poco.

Tomó un cubo de agua y un cepillo, y empezó á restregar vigorosamente al santo de madera, mientras las dos viejas continuaban rezando.

Cuando hubo acabado, añadió:

—Ahora está al pelo.

Y nos condujo de nuevo hacia los tilos para echar un trago.



En el momento de llevar el vaso á la boca se detuvo; y nos dijo un tanto turbado:

—Cuando puse San Blanco en la jaula de los conejos creía que ya no me daría más ganancias. Hace dos años lo menos que no me lo pedían, pero los santos, créanlo ustedes, no pasan nunca de moda.

Bebió y añadió:

—Ea, otro traguito; con los amigos se ha de llegar por lo menos á los cincuenta y ahora sólo estamos á los treinta y ocho.

## En el campo

---

*A Octavio Mirbeau.*

Las dos cabañas estaban una al lado de otra, al pie de una colina próximas á un balneario. Los dos labriegos trabajaban con afán la tierra infecunda para mantener á los pequñuelos. Cada matrimonio tenía cuatro. Ante las dos puertas vecinas los chiquillos correteaban desde la mañana á la noche. Los dos mayorcitos tenían seis años y los pequeños cerca de quince meses. Los matrimonios y los nacimientos habían ocurrido casi simultáneamente en ambas casas.

Las madres apenas sabían distinguir á sus hijos unos de otros. Los padres los confundían del todo. Los ocho nombres bailaban de continuo en su cabeza y se confundían sin cesar; y cuando era preciso llamar á uno, á veces gritaban tres los hombres antes de acertar con el verdadero.